

Sáenz Peña en tierra

Ya llegó el hombre que fué á Roma por todo, á juzgar por las cosas que trae del otro mundo.

Un mundo lleno de cosas, muchas *ma-las*, varios *lios* y una multitud de paquetes, sin contar los que fueron á Río, que también son una multitud y también vienen *empaquetados*, como novios aspirantes á una *manito* de don Roque.

¡No vió tanto novio junto don Roque en los días de su vida!

Trajo además cuatro sombreroeras, no modistas de sombreros, sino sombreroeras de cartón forradas con cuero, encerrando respectivamente una galerita de castor, otra de felpa, un sombrero gacho y un claque. *Claque* no necesitaba haber traído, pues había bastante en la dársena.

Todos los sombreros los traía don Roque guardados. El y sus acompañantes venían de gorra.

Según dijo, había hecho un viaje muy feliz, salvo el mareo. Le marearon á bordo, tanto el movimiento del barco como los pasajeros, entre los cuales había reinado el entusiasmo durante la travesía. El entusiasmo era *pasajero* también, por lo visto.

Bajó don Roque; bajaron los pasajeros; bajó el entusiasmo entre los mismos.

Don Roque quiso exclamar: ¡Tierra! Pero alguien le tapó la boca diciendo:

—Aquí no hay más tierra que la que arde; la Tierra del Fuego.

Se ha gastado toda en rellenar lagunas, en nivelar barrancas, en hacer *barros*, en varios asuntos como el *affaire* del Colón, el dique del Cadillal, las falsas excepciones...

—¿Pero qué pasa aquí?

—Pues nada, don R.que. Todo el mundo sin excepción, barre para adentro y ya no hay tierra tampoco para más inhumaciones.

—¡Esto es inhumano!

—¡Con decirle á usted que hasta en el reparto de las tierras fiscales hubo que echar tierra!

—No hay quien fiscalice!

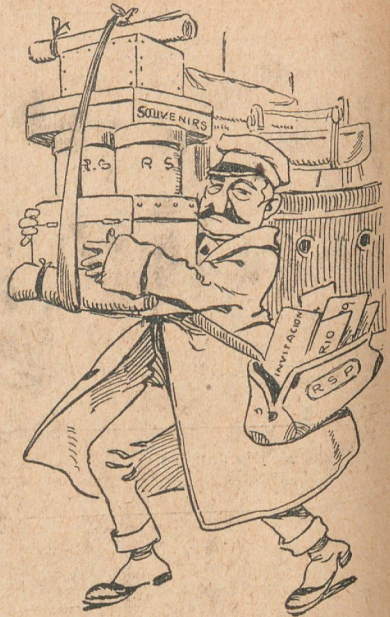
—Aquí se entiençe por fiscalizar, vivir del fisco.

—¿Y la cosecha?

—De políticos? Buena.

—No, la cosecha de granos.

—La de Maciá, buena también. Pero las tierras de P.A.N. llevar se las llevó la trampa con la sequía.



—¿No ha llovido?

—No llueve más que cuando Dios quiere; Dios no quiere que llueva más que cuando Betbeder se embarca para presenciar maniobras navales; y Betbeder no se embarca así no más. Es marino de tierra adentro.

—¿Y qué hay del arbitraje?

—Pues al vice, empeñado en que su gobierno sea el gobierno del terror, le pareció que hacía una gauchada concediéndole al Perú tierra, que reclaman los bolivianos como suya.

—¿También dió tierra al Perú?

—También, sí, señor. Y don Victorino le dijo al ministro de Bolivia que pusiera tierra por medio, lo cual no pudo hacer por falta de ese elemento y puso agua. Se fué á Montevideo. De manera que no sé cómo se va Vd. á arreglar, señor *peña*, para salir á flote sin encontrar tierra firme. Va Vd. á ser otra *peña movetiza*.

—Me deja Vd. aterrado. Voy á tener que apoyarme en Roca. ¿Está firme el General?

—El General, achacoso, como si hubiera nacido en General Acha.

—Y los ministros ¿marchan de acuerdo?

—No, señor. Ninguno se acuerda de nada ni está de acuerdo con los demás, pero no se pelean. De todas maneras no les sería posible llegar al terreno.

—¿De modo que ni terreno queda ya en mi tierra para dirimir cuestiones?

—Ni ese. Todos los terrenos se han *rematado*.

—¿Pues sabe Vd. lo que le digo? que me dan ganas de volverme á pasar por agua, porque veo que mi candidatura no puede ganar terreno.

—Eso sí, don Roque. Ahora habrá que luchar para quitarle á Udaondo la tierra que él está minando para encontrar votos.

Y Don Roque desembarcó triste por no poder decir dos frases célebres que traía preparadas:

¡Tierra! al desembarcar y *Veni, vici*, cuando viese al vice.

SERRUCHO.